

Crónica Universitaria

EN EL XXVI ANIVERSARIO DE LA U.P.B.

Por Víctor Carvajal Ortega

En este día conmemora la Universidad Pontificia Bolivariana el vigésimo sexto aniversario de su fundación. Para un instituto como este, cada año que transcurre en el arduo proceso de su existencia, trae más que un motivo de regocijo, un nuevo e ineludible compromiso con la sociedad, con la cultura y con el propio destino del país.

Muchos de los aquí presentes han sentido la gravedad de ese mandato que año por año se hace más obligante porque la esencia misma de la tarea emprendida exige cada día un renovado impulso de superación y porque el crecimiento del país demanda mayor esfuerzo a todos, especialmente a quienes están vinculados a la educación.

En pasados tiempos, las efemérides de la Universidad nos congregaban con jubiloso impulso fraternal para recordar la gesta de su fundación como el fulgurante episodio de una juventud que soñaba con el destino de una Patria moldeada en los perfiles de la cultura cristiana. Pero nuestros sueños eran aun borrosos, envueltos en la niebla de un mundo cuyos conceptos no estaban delimitados por la agresiva realidad de la hora presente. Hoy conocemos la línea de deslinde y fatalmente debemos darnos cuenta de las consecuencias que afrontamos si permanecemos fieles a las enseñanzas espirituales que inspiraron el nacimiento de la Universidad.

La labor cumplida por este instituto en el campo de la educación privada indica que ha sido fiel al pensamiento de sus fundadores y por ello ha ofrecido un aporte efectivo a la educación de nuestro pueblo.

La célula inicial formada por la Facultad de Derecho con 75 estudiantes y 25 profesores fue el germen de un organismo que ha crecido providencialmente y que está integrado hoy por 4.448 estudiantes y 403 profesores, con diez facultades aprobadas por el Estado.

No se ha detenido en las dimensiones del campo científico y académico colaborando en forma decisiva en la formación de dirigentes en los diversos sectores de la vida nacional, sino que ha avanzado hasta la educación popular gratuita en los círculos nocturnos para obreros y en los talleres de mecánica, electricidad y ebanistería para hijos de trabajadores de escaso ingreso personal.

En esta forma, la Universidad Bolivariana, sostenida en un 74% con recursos provenientes del sector privado, ha logrado un efectivo beneficio popular,

puesto que el 80% de sus alumnos y profesores pertenecen a las clases media y obrera. Estas proporciones demuestran el tributo que ella ofrece a la educación, relevando al Estado en una erogación que asciende anualmente a una suma aproximada de \$ 5.000.000.oo.

Para prestar este servicio soporta por año un déficit de \$ 1.000.000.oo, suma que es urgente proveer bien sea con recursos del fisco o con la generosidad de los particulares.

En ninguna época la Universidad Pontificia Bolivariana ha sido impulsada por el afán de lucro, ni es ella patrimonio de comunidades o asociaciones de interés particular. La misión que se ha impuesto persigue objetivos más amplios y trascendentes que los de una empresa industrial o comercial. Su quehacer está vinculado entrañablemente a la formación cristiana de la juventud, a la preparación de la gente que ha de forjar el destino de Colombia en las próximas etapas de su desarrollo económico y de su avance cultural.

Desde su génesis está colocada bajo el patrocinio de la Iglesia católica, pero en sus claustros se forman estudiantes de diversas tendencias ideológicas, dentro de la amplitud enmarcada por las normas de la moral cristiana, ya que sólo en esa órbita puede florecer la imagen auténtica de la libertad.

A esa comarca del pensamiento han desembocado todas las vertientes del mundo Occidental, hasta el punto de que se ha convertido en el único refugio donde la humanidad actual siente amparados los valores que dan razón a su existencia.

Cada día que pasa nos trae la confirmación de los principios que alientan la vida de este centro educativo puesto que el pensamiento cristiano revaluado en su pristina esencia por los Pontífices León XIII, Pío XII y Juan XXIII constituye para el mundo contemporáneo el más completo código de las libertades. Así lo han comprendido los pueblos que en todas las latitudes están empeñados en defender los derechos de la persona humana y la autonomía de las naciones en orden a realizar una justicia social que consiste en acortar la distancia entre los favorecidos de la fortuna y los esclavos de la necesidad. En todos los confines del mundo Occidental resuena el pregón admonitorio de la Iglesia convocando a las gentes, infundiéndoles el verdadero concepto de solidaridad humana preconizada por Cristo Nuestro Señor, como única norma de convivencia. Dentro de estos prospectos viene actuando la Universidad con la misma fé que alentó a sus fundadores y que debe arder en la mente y en el corazón de quienes se han formado bajo su influjo bienhechor.

Tutelada en el ámbito continental, por la concepción del Libertador, ella corresponde al meridiano histórico de las naciones americanas para las cuales trazó el genio de Bolívar rutas de grandeza, vigentes hoy en toda su magnitud. En sus líneas esenciales, la concepción bolivariana del Estado sigue incólume como única norma orgánica para estos pueblos en busca de liberación.

La Universidad quiere que todos sus alumnos, exalumnos y quienes en alguna forma han pasado por sus claustros mantengan viva esa fé, practicando en las relaciones humanas la norma de conducta que nos han trazado los excelsos patronos de la institución, sus rectores y profesores.

Al congratular a las actuales directivas de la Bolivariana con Monseñor Félix Henao Botero a la cabeza, no podemos resistir el asedio del recuerdo a los desaparecidos, cuya ausencia de estos claustros es para nosotros tan ostensible como su presencia: Tiberio de J. Salazar y Herrera, Manuel José Sierra, Juan Evangelista Martínez, Julio E. Botero, Francisco E. Tobar, Manuel J. Betancur,

Manuel Restrepo Jiménez, Bernardo Echeverri, José Manuel Mora Vásquez, Nicolás Vélez Botero, Baltasar Uribe Isaza, Francisco Cardona Ramírez, Alejandro Palacio, Abelardo Tamayo, Alcides Grau del Valle, Francisco Mora Restrepo.

Que su ejemplo nos conforte, que su espíritu asista la marcha de la Universidad, ya que ellos, al decir de Baltasar Uribe Isaza, siguen siendo los "Capitanes de nuevas conquistas".

EN EL ACTO DE CLAUSURA DE ESTUDIOS DEL BACHILLERATO DE LA U.P.B.

Por José Sanín Echeverri

Cuán placentero es para mí contemplar a estos setenta y nueve jóvenes, llenos de fe, entusiasmo y esperanza, aprestándose jubilosos para recibir la recompensa de seis años de valioso esfuerzo en la consagración como bachilleres de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Hace precisamente veinticinco años, un día como éste, se celebraba la primera clausura de labores de nuestra querida y entonces incipiente Universidad; y el lugar que hoy ocupa mi hijo me correspondió a mí, y tuve uno de mis orgullos más legítimos cuando, al terminar mi sexto año de bachillerato, la Universidad se dignó honrarme con la primera beca para estudios profesionales otorgada como reconocimiento al mérito de un muchacho pobre, que requería de esa ayuda para poder prepararme para ser persona útil a la sociedad.

No podía, pues, en estas circunstancias, negarme a servir de sustituto para dirigiros algunas palabras, que la Universidad, con grande acierto, había encomendado a su meritorio y distinguidísimo hijo el Dr. Mesa Vallejo. Desafortunadamente él no pudo a última hora cumplir su encargo por motivos de salud, que todos lamentamos.

Permitidme, entonces, por esta afortunada coincidencia, que evoque con la imaginación aquellos tiempos, ya remotos en una vida individual, pero tan cercanos en la de una institución como nuestra Universidad. Aquella constelación maravillosa de profesores y estudiantes, que estuvo lista a jugarse su prestigio y su carrera por la santa aventura de dar vida a nuestro claustro. Aquel coloso de férrea voluntad, el Dr. Sierra, que vivió lo bastante para consolidar los fundamentos de una obra a la cual sólo dedicó sus últimos años, pero que lo perpetúa como ninguna otra de sus empresas, hasta confundirse con ella; y que murió lo suficientemente pronto para no poder enorgullecerse de su obra ni esperar acá abajo ninguna recompensa, así fuera solo espiritual; pero cuyo corazón, físicamente, se lo extrajimos de su noble pecho para que se quedara con nosotros, como símbolo muerto de esa permanencia viva y vigorosa de su inmenso espíritu, que sigue presidiendo nuestros destinos.

Qué grande era la devoción, la fe, el fervor, la certeza del triunfo! Ese mismo fervor, esa misma confianza, ese mismo espíritu que con tanto entusiasmo y tan providencial maestría han seguido esparciendo todos los sucesores de aquellos gigantes, con Monseñor Henao a la cabeza, y que presenta a la Patria y a la Iglesia esta recompensa incomparable de millares de bachilleres y profesionales bolivarianos, que forman en su conjunto un jardín armonioso, lleno de vigorosas plantas, entre las cuales descuellan muchas por su feracidad y lozanía.

Durante estos veinticinco años, nosotros, vosotros y las veinticuatro promociones de bachilleres que hay entre unos y otros, hemos aprendido en esta Universidad lo mismo que aprenderán las infinitas generaciones futuras que han de sucedernos. Y es: que el espíritu no se avasalla y es el que domina y triunfa; y que la ciencia no es en sí misma un fin, sino un medio para acercarnos más al Creador y para servir a nuestros semejantes.

Son sólo veinticinco años (un minuto en la vida de la especie) los que nos han permitido ver el derrumbamiento de sistemas que como el fascismo y el nazismo pretendieron divinizar el Estado con la engañosa enseña de defender la cultura de Occidente; qué queda de ellos hoy sino una página dolorosa en la historia del hombre? Vimos también en este brave lapso la más pavorosa hecatombe de la historia, en la segunda guerra mundial. Culminaron en ello los adelantos destructivos, y quizás aprendimos —Dios lo quiera— que la muerte y la destrucción, y el empobrecimiento y la miseria que las guerras traen, ni dan la paz, ni crean derecho, ni mejoran al hombre, ni equilibran los poderes, ni borran las manchas, ni engrandecen, ni enriquecen, ni ennoblecen. Hemos vivido también la divinización de la materia en sistemas ateos, que han subyugado más de la mitad de la humanidad, que han masacrado con sus tanques de guerra los cuerpos de jóvenes como vosotros y de niños mucho más tiernos que vosotros, sólo porque reclamaban su libertad. Y hemos visto acabarse otros imperios, ayer no más considerados incommovibles. Hemos presenciado en nuestra Patria que una enfurecida muchedumbre olvidó hasta el respeto por su misma ciudad, la que incendió con sus manos; y que una enloquecida y diabólica bestia no se ha saciado en quince años de violencia en nuestros campos y caminos; y que un hombre se llenó de soberbia y pensó en un momento que era capaz de acabar con siglo y medio de democracia y con quinientos años de respeto al derecho y a la dignidad. Sin embargo, una doctrina, que se basa sólo en el poder del espíritu y en la fuerza invisible de su divino Autor, ha podido, en medio de tan grande alboroto, prosperar, penetrar cada vez más en el hombre, desacreditar en pocos años la malevolencia que merced a vituperables sistemas se había creado en su contra, y presentarse ahora, como nunca antes, unida y sin mancha en la Asamblea Ecuménica que hoy presenciamos, para afrontarse a seguir adelante, en el mundo moderno, luchando por el predominio del espíritu, para que haya verdadera libertad, fundada en el respeto por la persona humana, verdadera igualdad, basada en el común origen y el común destino; y verdadera fraternidad, sustentada en que todos tenemos derecho de decirle “Padre” a nuestro Dios y “hermano” a nuestro Cristo.

Con vuestro grado de bachilleres tenéis derecho a que se os abran las puertas de la Universidad, para perfeccionar vuestros conocimientos científicos en las profesiones que libremente habéis elegido. Todo un mundo nuevo de conocimientos se presenta a vuestras mentes. Vais a escudriñar (deseo que en la forma más íntima) los secretos de la naturaleza, las leyes que gobiernan nuestro mundo, las normas que guían las relaciones entre los hombres; quizás entre vosotros han de resultar eminentes investigadores, por qué no descubridores de novísimos e interesantes sistemas, matemáticos profundos, conductores sociales modernos, médicos eminentes. Todo está en vuestras manos. No solamente tenéis derecho a ser todo esto, sino que la sociedad tiene derecho a exigirlos. Porque no debéis olvidar que constituís entre vuestros coetáneos una privilegiada minoría, por la cual socialmente se han hecho grandes esfuerzos, y se realizarán otros muchísimo mayores.

La necesidad de nuestra tierra, y la de todos los países en período de desarrollo, es de profesionales excelentes y abundantes. Vosotros tendréis que realizar la multiplicación de la cultura, de la técnica y del servicio, para que se pueda laborar con buen éxito en el mejoramiento de nuestro pueblo. Por eso, tened muy presente que la ciencia, a la cual aspiráis, no saciará por sí misma vuestras inquietudes interiores, porque mientras más profundicéis en ella, más falta os hará mirar a la Causa de las causas. Buffon, el gran naturalista, nos relata que después de escudriñar hasta lo más luminoso de la ciencia humana, se dió cuenta de que por allí Dios ya había pasado y hasta pudo, asombrado, vislumbrarlo por detrás. Pero vosotros no os quedaréis allí: a través de la ciencia lo buscaréis a El, os acreceréis a El, lo cual es la verdadera perfección del hombre.

Y además, disponed de esa ciencia en beneficio común. Otra cosa sería el más aberrante egoísmo intelectual. No creáis que las profesiones son un medio fácil de enriquecimiento. Por el contrario, si vuestro ideal no es sino el dinero, no perdáis vuestro tiempo dedicando otra parte importante de vuestra vida al estudio. Las profesiones os darán, es verdad, la posición que merecéis ante vuestros semejantes; os proporcionarán un decoroso medio de vida; pueden quizás, pero sólo quizás, suministraros algunos ahorros. Pero si las perseguís con ánimo distinto del de ser verdaderamente útiles, seréis unos doblemente fracasados: ni lograréis esa tan ansiada riqueza, ni encontraréis satisfacción y sosiego en vuestra vida.

Mas vosotros habéis bebido en esta fuente de sabiduría, que es nuestra Universidad, y contáis con principios inmanentes que no traicionaréis. Adelante, pues, bachilleres bolivarianos de las bodas de plata! Con vosotros cuenta Cristo, Colombia os necesita y vuestra Universidad está orgullosa.

EN EL ACTO DE CLAUSURA DE LA PREPARATORIA DE LA U.P.B.

Por Ricardo Jaramillo

Plugo a Dios, Bondad infinita, conducirnos en esta exitosa jornada espiritual, no exenta de sacrificios, de preocupaciones, inherentes a toda grande obra, pero sí que también compensada con la invaluable satisfacción que depara al ánimo un deber cumplido.

Asciende hoy la sección Preparatoria de la U.P.B. a una nueva cima de triunfo, dirigida y orientada por prestantes directores que con su prudencia, capacidad y esfuerzo constantes, hanla colocado en un sitio de honor entre los planteles rectores de la niñez y juventud en esta parcela de la patria. Desde esa enhiesta posición, cuyos cimientos inexpugnables, son las doctrinas de la Iglesia de Cristo, su pedagogía del amor como lábaro e ideal y los anhelos de grandeza ciudadana preconizados por Bolívar, puede hoy contemplar este Instituto, un amplio panorama de múltiples y excelsas realizaciones, no sólo en lo que atañe a lo moral e intelectual, sino en el aspecto material.

Un somero análisis de estas apreciaciones nos demuestra cómo en un lapso tan corto para tamañas obras llevadas a cabo por ésta Universidad, hayan conocido en ella, desde el alfabeto y el catecismo, hasta las más intrincadas disciplinas mentales, rectos magistrados, caballeros integérrimos, industriales honora-

bles, eminentes y virtuosos sacerdotes, empleados y obreros de selección, químicos renombrados y en suma, profesionales de reconocida prestancia social. Ellos como proyecciones de nuestra vida, son obra dicente de un profesorado y de una rectoría, consagrados por entero a la noble misión de educar.

La Preparatoria de la U.P.B. inició su grande obra en forma que pudiéramos llamar modesta, local deficiente, aulas estrechas; mas, como por encanto, con la égida de lo Alto cuenta hoy con un alumnado de primaria que cifra en los mil quinientos estudiantes a cargo de treinta profesores; edificios modernos; facilidades de transporte y un ambiente de superación que satisfacen y honran.

Acierto extraordinario tuvo Monseñor Sierra al crear la Sección Preparatoria; no podía ser de otra manera, pues en la docencia ocurre un proceso similar al que realiza en el agro el agricultor. Este desyerba, abona, riega, selecciona la semilla, prepara los surcos, vigila los embriones, refuerza los débiles tallos y espera ansioso la cosecha opima. Hortelano en lo intelectual y moral, en esta vasta zona del cultivo integral, es el pedagogo, forjador de caracteres, sembrador de ideas y sentimientos, despertador de entusiasmos por todo lo bello, noble y grande. Plasmador de voluntades, en él se conjugan las máximas responsabilidades que competirle puedan a un seglar, porque la sociedad será un trunfo de su personalidad, de sus principios, de sus cualidades, de sus concepciones espirituales, o viceversa, una imagen de sus imperfecciones y eclecticismos filosóficos.

La U.P.B. tiene cimientos espirituales y pedagógicos inmovibles e inmodificables, comoquiera que son los mismos en que hace veinte siglos edificó su Iglesia el divino Fundador. Bebe en la misma fuente de verdad que dió a los héroes del cristianismo ese valor suprahumano que redujo a los ídolos griegos y romanos, dignificó a la mujer, contuvo la furia de los bárbaros, echó las bases de la civilización cristiana y organizó ejércitos espirituales muy más irresistibles que aquellos escuadrones segadores de vidas humanas.

La única pedagogía que resiste todo análisis, es la de la Iglesia católica, porque ella concibe al niño integralmente y lo conduce hacia su único fin que es Dios, su Creador. Aquí sí que tiene aplicación el etimo de la palabra educación; educere, sacar, elevar, perfeccionar, dirigir, dignificar, con los medios que le proporcionan los valores de un humanismo cristiano.

Dar coces contra el aguijón como decía el Obispo de Hipona, es buscar la felicidad y la relativa perfección del hombre, por medio de sistemas pedagógicos, bien sean ellos naturalistas a lo Rousseau, comunistas a lo Marx, nacionalistas a lo hitleriano, utilitaristas en lo meramente material a lo Decroly, amén de otras desviaciones que en el campo educacional, han introducido ciertos reformadores de tipo materialista moderno. Con razón que el maestro necesita de sanos principios puesto que es el ciudadano que más tiene qué dar como lo expresa su etimología latina; magistradere. Transmite ciencia, ética y todo ese acervo de cualidades que capaciten para servir de baluarte social.

En su encíclica "Divini illius magistri", se expresa así Pío XI: "Las buenas escuelas son fruto no tanto de la buena legislación, cuanto de los buenos maestros. Que sean preparados e instruídos, cada uno en la materia que debe enseñar y con las cualidades intelectuales y morales que su importantísimo oficio reclama; que ardan en puro y divino amor a los jóvenes a ellos confiados. Amor derivado del que profesan a Cristo y a su Iglesia, de quien aquellos son hijos predilectos y así buscarán con todo empeño el verdadero amor de las familias y de su patria.

Ya había dicho Juvenal: "Máxima debetur puero reverentia"; al niño se le debe gran veneración y ésta debe entenderse como un deseo vehemente de que en su alma haya cada día una epifanía de superaciones; limpieza de odios en su corazón, luz en su entendimiento, fortaleza en su voluntad y temple en su carácter.

Es preciso que educadores, padres de familia responsables, y autoridades sensatas, ausculten cada cual en su radio de acción los males que aquejan a la niñez, para señalarle el camino de la verdad, guiados por aquella bella pedagogía del amor, de que hablara el nunca bien como se debe alabado San Juan Bosco, educador sin par, quien en Turín, extrajo como por encanto, de un grupo de jóvenes rebeldes, lo más selecto de sus colaboradores.

Orientados, pues, por esa pedagogía ortodoxa, cuya brújula es la inconfundible doctrina de Cristo; guiados por las claras luces que emanan del Evangelio, más benéficas que los fatuos resplandores del materialismo y del comunismo destructores, le daremos a la familia bases firmes para su engrandecimiento moral.

En época alguna de nuestra historia, habíase hablado tanto de la necesidad de orientar mejor la educación; de reformar pécunias y programas, ante la urgencia no tanto de instruir, sino de formar, de armar al estudiante espiritualmente; inculcarle modales distinguidos y más amor al prójimo. Es que a gran nivel están los enemigos de la educación; los afanes de la vida moderna; el cine corruptor; los antisociales que pululan y acechan; los crudos programas radiados y televisados que pervierten y deseducan; los novelones y folletines amorales; la pornografía, la obscenidad, la pedantería, la música afrocubana, los hogares sin vigilancia; todo eso y mucho más está minando la sociedad.

Desesperadamente se lanza el S.O.S. a fin de que la patria restañe las heridas dejadas por una falsa formación y el alejamiento de Dios.

Acongójase a veces el educador responsable, ante el impacto verdaderamente dramático que causan en la niñez y la adolescencia los incentivos de la vida moderna; a veces parece vencido por la avasalladora violencia del ambiente; siéntese como sólo frente a la tempestad que azota los fondos de la educación; que arrastra en su poderosa y turbia corriente los mejores atributos del joven y del niño, la sana voluntad de esfuerzo, el concepto redentor de los deberes sociales, de que es Dios árbol y raíz. Es preciso no desmayar ante los enemigos acérrimos de la cultura; frente al espectro de la incompreensión, ante la decisión del niño por lo fácil; ante la aparición de torcidas tendencias; urge iniciar con más bríos la lucha, porque de mayores proporciones es el enemigo. Compete al hogar, a la escuela, a la Universidad, esta trascendental renovación. Cómo? Antójase recordar ahora lo acaecido en una asamblea de la República Ateniense, cuando se discurría acerca de los medios adecuados para detener la corrupción que había invadido con caracteres alarmantes a la nación y un asambleísta presentó una manzana podrida, manifestando que era imposible volverla a su prístino estado, pero que se podrían conseguir nuevas manzanas, sanas y frescas, sacándole las semillas y cultivándolas con esmero. Fácil, es deducir que aún nos quedan esperanzas en esta juventud a vosotros y a nosotros confiada. Jóvenes bolivarianos: vosotros seréis capitanes de nuevas conquistas, si continuáis siendo fieles a las enseñanzas que se os han dado. Satisfechos de haber cumplido con el deber unos; con firmes propósitos de recuperación otros, entráis a disfrutar de unas vacaciones, para regresar con una mente sana en un cuerpo sano, a vuestro hogar espiritual.

Crónica Universitaria

Los alumnos que pasarán al bachillerato, pondrán muy en alto el buen nombre de la Sección Preparatoria, donde en ambiente cordial y alegre coronaron una etapa de su carrera.

Padres de familia: que vuestra colaboración siga apoyándonos en esta ardua tarea, pues sin ella serían fallidas nuestras aspiraciones y truncos quedarían vuestros más caros anhelos.

Institutores bolivarianos: la patria no se redime de sus grandes quebrantos sino creando caracteres, y sembrando en estas juventudes dignidad; mas que un programa de asignaturas, ellos necesitan un derrotero de ética, de superación moral que sólo pueden darlo quienes como vosotros, compartís con la Iglesia esa tarea. Somos creadores de un capital que no valúan ciertos estadistas y es el capital humano; que Dios en su magnificencia, siga inspirándonos vocación y haciéndonos fuertes para no sentirnos defraudados ante la incomprensión, ni débiles ante el sacrificio. Como una lámpara votiva, seguiremos invocando beneficio para esta Universidad, para su ilustre Rector y para Colombia que tanto le debe y aún tanto le reclama en busca de prosperidad y de paz.